



EL HOMENAJE

AL R. P. VICENTE GAMBON, S. J.

Los amigos del P. Gambón, que le lloran todavía y le recuerdan con verdadero afecto, han querido perpetuar su memoria en una placa, acabado monumento de arte, que sintetiza emblemáticamente toda su vida: eligieron el día 6 de agosto para entregarla solemnemente al Colegio, cuando se cumplían cuatro meses de la muerte del Padre. La inscripción de la lápida revela todo el cariño y la admiración que le profesaron los que le conocieron. Adoselando la inscripción va un medallón que encierra la imagen del Sagrado Corazón, sostenido por dos figuras emblemáticas, que simbolizan al genio y a la fe, puestos al servicio del Rey de la gloria. Debajo, cubierto por los pliegues de una estola y rodeado de espigas, racimos y laureles descuelga otro medallón con el busto del P. Gambón. Lleva en su rostro las características de su personalidad, la bondad, la serenidad, la penetración y su inagotable longanimidad. A su derecha, están los símbolos de sus dos sacerdocios, el cáliz sobre cuya copa se levanta la hostia santa, y los libros coronados por el incienso que indica la razón de ser de su ciencia y de su alma consagrada del todo en las aras de Dios. He ahí el recuerdo que perpetuará en el bronce la memoria del que plasmara el alma de tres generaciones.

El proscenio del gran salón de actos del Colegio del Salvador estaba convertido en un diminuto bosque de palmas y cipreses. A la izquierda entre cipreses se reclinaba la placa de bronce. En el centro, rodeado de palmas estaba el retrato del P. Gambón, como si desde allí presidiera el acto, con aquella su característica sonrisa enfrenada por la serenidad, con que tantas veces presidiera en aquel mismo lugar los actos de su querida Academia. Hacia la derecha y un poco adelante se destacaba la mesita de los oradores.

A las 17.30 en punto, entraba en el Salón el Exmo. señor Nuncio de su Santidad, Monseñor Juan Beda Cardinale, acompañado de la representación más alta del clero archidiocesano, y de numerosos sacerdotes y religiosos. El amplio salón estaba ya cumplido, cuando

la orquesta rompió el silencio con el prelude de «Parsifal». A continuación el doctor Tomás R. Cullen en un sentido discurso recordó las actividades casi cincuentenarias del P. Gambón, desde que le conociera en Santa Fe en 1879 hasta sus últimos esfuerzos de 1925. Hizo resaltar su labor intensamente patriótica y terminó pidiendo un momento de meditación y una plegaria por el alma generosa del ilustre extinto. El discurso del doctor Cullen, frecuentemente interrumpido por los aplausos fué coronado al final con una nutrida ovación. Después de la 5.^a sinfonía de Beethoven, el señor Tili, rememoró a grandes rasgos la vida literaria del P. Gambón, siendo completado su discurso por el sentido poema musical del P. Palau, interpretado por la orquesta en que pinta su agonía, sus visiones de cielo, sus ansias de gloria y el triunfo de su alma, arrancada de las miserias de la vida para ser transplantada al paraíso de la inmortalidad. El Discurso, y el poema musical fueron muy aplaudidos. El ingeniero señor Alejandro Bunge, en un breve pero elevado discurso hizo entrega de la placa en nombre de los amigos allí congregados para tributar este homenaje y el R. P. Juan Castillejo, Rector del Colegio del Salvador, interpretando como otrora los sentimientos de gratitud tan característicos en aquella alma grande del Padre Gambón, agradeció el homenaje, que siendo tributado a un tan querido hijo de la Compañía, no podía menos de ser aceptado también por la madre a quien amara con la ternura del más devoto de los hijos. A continuación podrán nuestros lectores saborear el original de esos discursos.

La orquesta, que bajo la inteligente y correctísima batuta del Maestro Luis V. Ochoa interpretó el programa musical, puso fin al acto con la Elegía de Estrada, la Mort d'Ase de Grieg y la Leyenda de Weniawsky en que cantó admirablemente el violín del Profesor Maffilli.

Dichosos los que pasan por la tierra haciendo bien! Se llevarán en pos de sí los corazones de los que los amaron, y la influencia de sus almas continuará siendo eficaz con la intercesión y el calor de los recuerdos.

DISCURSO DEL DOCTOR TOMÁS R. CULLEN

Debo sin duda, el honor y el privilegio de haber sido designado para hablar en este acto por la comisión organizadora del homenaje necrológico a la memoria del R. P. Vicente Gambón, a la circuns-

tancia fortuita de ser uno de los primeros argentinos que le conoció a su llegada al país.

Terminaba mis estudios preparatorios el año 1879 en el renombrado colegio de la Inmaculada Concepción, en Santa Fe, cuando el 28 de agosto llegó de Buenos Aires el hermano escolar Vicente Gambón, recién arribado de Europa, y que venía a restablecer su salud hasta la conclusión del curso, regresando a Buenos Aires el 7 de febrero de 1880.

Desde aquella remota fecha, casi cincuentenaria, data mi relación amistosa e inalterable con el R. P. Gambón, sin que nunca ni la más ligera nube hubiera obscurecido nuestros recíprocos sentimientos y nuestra solidaridad ideológica.

El joven escolar Gambón revelaba ya en aquel entonces las condiciones sobresalientes que han caracterizado su personalidad y han despertado las simpatías unánimes y la respetuosa consideración de cuantos le conocieron en su larga y noble existencia.

Era de carácter franco y afable, con una gran ponderación de espíritu, que le permitía mantener una completa tranquilidad y dominio de sí mismo aún en las situaciones más difíciles; siempre encontraba la palabra oportuna y el consejo prudente para los numerosos casos de conciencia que se le presentaban; amante por temperamento de la sociedad de los amigos, se encerraba con igual facilidad en el silencio de su gabinete para estudiar los diversos problemas que se presentaban a su espíritu de investigador; podía decirse de él como del filósofo antiguo que nada de lo humano le era extraño, y no se engolfaba en el estudio de las ciencias eclesiásticas y profanas, por un simple espíritu de curiosidad, sino por un deber de conciencia para fortificar sus convicciones y saberlas transmitir en cumplimiento de su ministerio religioso. Fué un gran amigo, tanto en los momentos de bonanza, como en los días borrascosos, y como nada ambicionaba ni pedía para sí, se entregaba de cuerpo entero a los que necesitaban de su ayuda espiritual, dispuesto siempre a estimular sonrisas o a enjugar lágrimas, con evangélica abnegación de sí mismo.

Pero indiscutiblemente el rasgo prominente de la vigorosa personalidad del P. Gambón estriba en su inalterable unidad de pensamiento y de conducta en todas las etapas de su vida, sin la más leve vacilación. Había adoptado como lema de su existencia el famoso principio de la Compañía de Jesús «Ad Majorem Dei Gloriam» y concentró todas sus energías físicas e intelectuales para realizar ese

supremo ideal. Desprendido voluntariamente de todos los halagos que presenta el mundo, ni ambicionó riquezas, ni solicitó honores que por sus condiciones sobresalientes le hubiera sido fácil adquirir, y vivió cerca de setenta años, dando todo a los demás y sin recibir nada para sí.

El único tesoro al que aspiró, fué el de nutrir su inteligencia con los vastos conocimientos de la ciencia en sus diversas manifestaciones, porque a ello lo obligaban sus tareas docentes y su condición de director espiritual de varias generaciones de jóvenes, pero subordinando su sólida preparación enciclopédica a los principios tutelares de la doctrina cristiana, sintetizados desde hace dos mil años en el Credo de los Apóstoles, que recitaba varias veces al día durante sus sesenta y siete años de edad, cada vez más convencido de su verdad inmovible. Y al terminar su existencia lleno de profundos conocimientos, pudo decir como Pasteur, de quien era gran admirador, que si aún hubiera estudiado más, en lugar de la fe de un bretón, tendría la fe de una bretona. La aspiración del P. Gambón, y estoy seguro que lo consiguió, era tener la fe profunda que le infundió su santa madre, que recordaba siempre con tanta ternura filial.

Para hablar de la producción del Padre Gambón no bastaría una conferencia, sino un libro, y yo me limitaré, para no abusar de vuestra paciencia, y contando con pocos momentos disponibles, de señalar algunos rasgos de su intensa labor intelectual.

Refiere el notable filósofo francés Hipólito Taine que habiendo llegado a la época de dar su voto, y queriendo hacerlo en conciencia, se propuso estudiar a fondo la historia de las instituciones francesas y las vitales necesidades de aquel país, para orientar su actuación política en el sentido más conveniente. De ahí surgió su magnífica obra sobre el antiguo régimen y sobre los orígenes de la Francia contemporánea, que son obras clásicas de la literatura política de aquel País.

El Padre Gambón, no con el propósito de emitir su sufragio en las urnas, sino de conocer debidamente la historia y las tradiciones políticas e institucionales de la República Argentina, país de su adopción y de sus simpatías, dedicó muchas horas de estudio y de investigación al examen de los problemas de nuestro pasado histórico e institucional y de las necesidades que comportaba el momento presente y de ahí han provenido sus libros sobre la historia argentina, sobre la instrucción cívica, sobre la economía política, que han

constituído textos prestigiosos en nuestros centros universitarios y que dedicados a la juventud estudiosa del País han marcado nuevos derroteros para la investigación y la enseñanza de nuestros problemas históricos e institucionales, mereciendo conceptuosos elogios de varios de nuestros publicistas más acreditados.

La «Historia Argentina» comprendida en dos volúmenes y que en nutridas síntesis se refiere al período colonial y a la época de nuestra independencia y organización nacional ha sido el *vademecum* de nuestros alumnos de enseñanza secundaria, que encontraban en esas «Lecciones de Historia Argentina» los elementos necesarios para conocer sumariamente el génesis y el desenvolvimiento de nuestro proceso histórico.

La «Historia Argentina» se había escrito en general con un criterio unilateral, y se ignoraban muchos de los antecedentes y documentos que existían en los archivos nacionales y en los de España y otras naciones europeas. Y nadie se encontraba mejor habilitado que el P. Gambón, para realizar esta tarea de reconstrucción histórica, desprendido de toda pasión partidista, y buscando únicamente la verdad por el camino que le trazaba su recta conciencia.

Nada caracteriza mejor el criterio elevado con que procedió el P. Gambón que las siguientes palabras que transcribo de su prólogo a la «Historia Argentina». «Vinculado, por otra parte, al país por largos años de residencia en él y por las relaciones de amistad que naturalmente engendra la asidua tarea del profesorado, cree el autor de estas *Lecciones* haber atesorado el suficiente cariño al pueblo argentino, para mirar sus legítimas glorias con satisfacción; y al propio tiempo la circunstancia de no haber visto la luz en él ha de dar necesariamente a sus juicios esa imparcialidad que constituya la primera cualidad de la historia. Argentino por adopción, tendrá una palabra de alabanza para aquellos hechos y personas que merecieron bien de la Patria: extranjero por naturaleza, medirá con la balanza de la Justicia cuando se hubiera apartado del camino de lo recto: religioso por profesión, descargará el rigor de la censura sobre todo cuanto haya tendido a apartar a la Nación de aquellos principios constitutivos del orden y de la justicia, que son la base y fundamento del bienestar y prosperidad de los pueblos.»

El P. Gambón al estudiar nuestros acontecimientos políticos e institucionales ha procedido con la elevación de espíritu con que el famoso estadista inglés James Bryce acometió la ardua tarea de rastrear los antecedentes tradicionales para producir su magnífica obra

«The American Commonwealth» (La República Norteamericana), que según el juicio de acreditados tratadistas de aquel País es la obra más completa e imparcial que se ha escrito sobre las instituciones de los Estados Unidos.

La obra del Padre Gambón, de modestas proporciones, puesto que es dedicada a la juventud de los colegios nacionales, tiene el mérito de la sinceridad y del amor al país con que ha sido escrita, y como lo manifiesta con mucha razón en su prólogo el erudito y prestigioso escritor Samuel Lafone Quevedo «ese texto no se contenta con una sencilla relación de los hechos sino que los discute y somete al criterio individual, valiéndose para el efecto de todos los trabajos de carácter histórico que se han escrito en la segunda mitad del siglo pasado».

Después de haber estudiado con tanta profundidad el P. Gambón los antecedentes históricos del pueblo argentino se encontraba habilitado para penetrar en el estudio de las instituciones patrias, pues como lo ha dicho con razón un constitucionalista afamado, no se concibe el estudio de la constitución sin el conocimiento de la historia, ni el estudio de la historia sin el conocimiento de la constitución. Son dos materias que marchan paralelamente y deben considerarse como términos de la misma ecuación.

Por esto el *Manual de Instrucción Cívica* del Padre Gambón ha gozado de tanto crédito en nuestros establecimientos educacionales y ha merecido conceptos tan elogiosos de los profesores de derecho constitucional y derecho administrativo doctores Carlos Rodríguez Larreta y Vicente Gallo, que dictaban esas materias en nuestra Facultad de Derecho cuando se publicó la obra citada.

Ese texto de Instrucción Cívica, que puede ser considerado como compendio de derecho constitucional aportó una innovación muy feliz sobre todos los otros libros de enseñanza de la materia hasta entonces conocidos. Reprodujo el texto exacto y literal de todos nuestros reglamentos, estatutos, tratados interprovinciales y constituciones sancionados hasta la época de nuestra carta magna vigente. De esa manera los jóvenes estudiantes podían seguir con el texto auténtico a la vista el estudio de nuestros antecedentes constitucionales que antes sólo conocían de oídas y en forma incompleta y fragmentaria. En tal forma podían formarse un juicio exacto de nuestro proceso institucional y llegar a esta conclusión: que la constitución actual es el producto genuino de nuestros antecedentes históricos e institucionales y que es un error, desgraciadamente muy di-

fundido, que sea el producto de una imitación servil de constituciones exóticas.

El Padre Gambón estudió en su texto de Instrucción Cívica nuestra constitución, artículo por artículo, valiéndose para ello como lo pregonaba con acierto Estrada, de los principios generales del Derecho de las tradiciones legales e históricas, de la jurisprudencia parlamentaria, judicial y administrativa, y del estudio comparativo con instituciones análogas a las nuestras, para marcar sus puntos de coincidencia o de diferenciación, con las ventajas e inconvenientes que ese procedimiento comportaba.

El Padre Gambón se ha revelado en sus estudios constitucionales como un profundo conocedor del derecho público, y no es de extrañar porque emprendió la investigación de nuestros principios institucionales con una base doctrinaria que lo ponía en condiciones de encararlos con todo acierto y justicia.

Éra un entusiasta admirador de la filosofía tomista, y allí aprendió la base fundamental en que debe reposar toda sociedad democrática debidamente organizada. Nadie ha tratado con más exactitud y profundidad que Santo Tomás de Aquino la verdadera teoría del Estado y su definición sobre la Ley no ha sido hasta ahora ni sustituida ni superada.

Es de suponer que un monje del siglo trece, tachado con tanta injusticia de oscurantismo, proclamará a la Ley como una ordenación de la razón (*ordinatio rationis*) encaminada a un propósito de bienestar general (*ad bonum commune*) y promulgada por autoridad legítima (*promulgata ab eo qui habet curam communitatis*).

No entra en mi propósito ni me consiente el tiempo de que dispongo, desenvolver tema tan vasto e interesante, pero sí quiero significar que la definición de la ley de Santo Tomás, como lo ha demostrado el Padre Gambón, se ajusta perfectamente a los fundamentos de la moderna democracia que quiere el gobierno de la ley y no el gobierno de los hombres, principio del cual han surgido todas las constituciones modernas de los pueblos civilizados.

La producción del Padre Gambón en libros, folletos y artículos de diario, publicados especialmente en la importante revista ESTUDIOS, de que fué Fundador y Director, fué tan fecunda como substanciosa, y abarcó todos los temas de interés y todas las cuestiones de importancia que se presentaron durante su larga actuación en la Argentina. No tengo tiempo ni de mencionarlas y esos trabajos intelectuales se incorporarán indudablemente a la publicación de las obras del Padre

Gambón, que me parece debe completar el justo homenaje que hoy se tributa, para que así como vivirá en la placa de bronce que se le dedica en este momento por su efigie, perdure también su memoria por sus saludables enseñanzas que han nutrido la mente y el corazón de varios millares de jóvenes.

Debo referirme sin embargo, antes de terminar, a un folleto que publicó poco antes de su fallecimiento bajo la denominación de *Cuestiones candentes: Los Jesuitas. ¿Al margen de la constitución? ¿Extranjeros?* que en forma sintética y vibrante defendía la Compañía a que pertenecía de los cargos que se le imputaban de estar fuera de los límites que señala la constitución para las órdenes religiosas y de ser una congregación extranjera.

Sustentó la tesis con toda la elocuencia y el entusiasmo que siempre ponía en las luchas por las nobles causas y en el ataque a las injusticias, y en este caso con especial empeño por tratarse de su verdadera alma máter.

He creído que tal vez el mejor homenaje para mi excelente amigo el Padre Gambón, que como buen religioso era esencialmente humilde, sería adherirme a la protesta tal vez apasionada que levantó en defensa de su Instituto, ya que desgraciadamente todavía subsisten esos prejuicios contra la Compañía de Jesús. Decía el Padre Gambón en su folleto: «Estoy íntimamente persuadido, porque me lo manifiesta la experiencia de mi larga carrera, y ejercicio de funciones docentes, durante los cuarenta y cinco años en que por vez primera vine a Buenos Aires, que en las clases de los Jesuitas aprenden los alumnos a ser ciudadanos honrados y tener por su Patria todo el amor que se le debe.

Ya en el ocaso de su vida, y sin otra aspiración que a decir la verdad como me lo dicta mi conciencia de cristiano, debo manifestar que la aseveración del Padre Gambón es perfectamente exacta, y que jamás ni como alumno durante siete años del Colegio de la Inmaculada, ni en mi larga actuación en la vida pública, nunca he recibido de mis maestros y amigos los jesuitas, en más de medio siglo de existencia, sino consejos saludables y lecciones para bien vivir.

Quiero recordar a este propósito, ya que del sentimiento de la Patria se trata, y se inculpa de enseñanza extranjeriza a los Jesuitas, la manera como celebramos en Santa Fe los aniversarios de nuestra emancipación política. Todo se concentraba alrededor del Colegio de la Inmaculada Concepción presidido por los Padres de la Compañía. Los veinticinco de Mayo salíamos todos los alumnos con nues-

tros trajes de gala y la banda del Colegio a la cabeza, a saludar en el histórico cabildo de Santa Fe la salida del Sol de Mayo. Allí nos esperaba el Gobernador con sus ministros y autoridades judiciales y legislativas, y después de cambios de discursos patrióticos éramos invitados a presenciar el solemne Te Deum que más tarde se celebraría en la iglesia matriz.

Se unía pues así el sentimiento de Dios y de la Patria en nuestros jóvenes corazones, y los Padres de la Compañía en su mayoría españoles, estimulaban con su presencia y con su ejemplo nuestros entusiasmos patrióticos.

El Padre Gambón presenció más de una vez estas ceremonias, y con su carta de ciudadano argentino compartía íntimamente de nuestros mismos ideales.

Tiene pues razón de decir en el folleto mencionado que no existía en los Colegios de la Compañía esa enseñanza antinacionalista que se pretende. Nuestra constitución, por otra parte, con todo acierto fomenta en el artículo 25 la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que vengan a enseñar las ciencias y las artes.

¿Y cómo pretender que el inciso 20 del artículo 67 de la Constitución que atribuye al congreso la facultad de admitir en el territorio de la Nación otras órdenes religiosas a más de las existentes, se refiera a los Jesuitas, cuando esa constitución de 1853 fué firmada en el Cabildo de Santa Fe, que acabo de mencionar, fué presidida por uno de los más aventajados alumnos de los Jesuitas, el doctor José Benjamín Gorostiaga, que es considera con razón como el verdadero autor de la Constitución, y que más tarde la interpretó como presidente de la Suprema Corte Nacional?

En iguales condiciones estuvo el doctor Juan Francisco Seguí, una de las figuras más brillantes de la convención de Santa Fe, que pasaba por ser el portavoz del General Urquiza, y cuyo centenario hemos celebrado últimamente en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde recibió su elevada cultura clásica de sus maestros de la Compañía de Jesús.

En ese Colegio también se educó el doctor Benjamín Victorica, secretario del General Urquiza, y que tanta actuación ha tenido después en la vida política y judicial del país.

Empleo estos argumentos ad hominem porque la demostración objetiva está perfectamente establecida en el folleto del Padre Gambón, y no espero que en mi país prosperen esas tendencias subversivas que no condicen ni con nuestra cultura católica ni con nuestra elevada civilización moderna.

Y ahora, señores, para terminar, os pido un momento de meditación, una plegaria íntima y una lágrima a la memoria del inolvidable amigo y consejero.

DISCURSO DEL SEÑOR PEDRO TILLI

La muerte del Padre Gambón significa no sólo una pérdida muy sensible para la Compañía de Jesús, a la que aportó medio siglo de afanes fecundos, de iniciativas inteligentes y de acrisoladas virtudes —y que por lo mismo le contaba como a uno de sus hijos más predilectos— sino que ella ha abierto un verdadero claro en las filas de los hombres representativos de esta su segunda patria... Para sus amigos y discípulos, que son legión, su desaparición asume todos los caracteres de un verdadero duelo de familia.

Y a la verdad que en muchos hogares argentinos, de fuerte raigambre nacional, el Padre Gambón tenía reservado un sitio de honor: el que se destina al mejor y más íntimo de los amigos. Lo había conquistado en buena ley, con su hombría de bien, con su virtud ejercitada en el yunque acerado de las severas disciplinas de su Orden, con su lealtad consumada e insospechable y con sus exquisitas maneras de gran señor.

Por eso se le recibía en el seno del hogar como se recibe a un verdadero padre, abiertas de par en par las puertas, anheloso de júbilo el corazón y prontas las manos para el abrazo cordial. Amigo sincero, nadie puede notar una inconsecuencia o un olvido; por el contrario, servicial y generoso se le vió siempre dispuesto a acometer cualquier empresa o a superar cualquier dificultad si en ello iba la suerte de un amigo. Cultor ferviente y apasionado de este culto de la amistad, a él consagró, hasta las lindes del sacrificio, sus mejores desvelos. Así se lo imponía su propia idiosincrasia y la bondad exhuberante de su alma; así también el ansia jamás saciada de adueñarse de los corazones para llevarlos por el camino de la luz, de la verdad y de la vida.

De esta manera muy personal y no menos eficaz realizó su obra de jornalero del Evangelio. Pocas veces necesitó salir del estrecho horizonte de las cuatro paredes de su cuarto para la búsqueda de la oveja descarriada. Hombres de todas las edades, temperamentos y posiciones se allegaban a él para apaciguar en el remanso de su serena concepción de la vida, las grandes tormentas de las inquietudes humanas.

Atraían como el imán al hierro sus dotes de consejero probo, ecuaníme y mesurado, la claridad de su talento, el criterio con que

dictaba su fallo y el cariño que ponía en su palabra llena de suavidad y de dulzura como que era el eco de su armonía interior.

Ponía la ingenuidad del niño, la energía del adolescente, la sagacidad del psicólogo, el espíritu práctico de un hombre de empresa, el *savoir faire* y pundonor de un caballero sin tacha y la pureza de un asceta. Con tan bellas prendas morales e intelectuales y con la rectitud de intención que caracterizó todos sus actos, no era de extrañar que en torno suyo girasen intereses de variada índole e importancia.

De tal suerte, ora satisfacía con entusiasmo de bueno y con espíritu jovial la pregunta insistente y pueril de los alumnos más pequeños de la casa—muchos de ellos nietos de sus primeros discípulos—ora se lo sabía dando la condigna respuesta a la consulta grave y sesuda de hombres del foro y de la política; bien solventaba un asunto de conciencia, delicado y difícil; bien emitía su opinión, siempre acertada, sobre trascendentales cuestiones de orden público; ya se le veía arrimar el hombro para allanar los mil inconvenientes que supone la marcha ordenada de este histórico Colegio del Salvador, del cual fué, como se lo llamaba en tono de camaradería, el Ministro de Relaciones Exteriores; ya preocuparse empeñosamente de cuanto atañía al buen nombre y progreso de su amada Compañía de Jesús, bajo cuya égida vivió cincuenta y dos años de los sesenta y ocho de su laboriosa y apostólica existencia.

Con un carácter forjado al calor de una vocación consciente, tenía toda la autoridad que emana del deber cumplido y de la serenidad del espíritu. Pocos hombres como él podían levantar su voz con más independencia y con más tranquilidad. Se lo sabía de una sola pieza, consecuente hasta el fin con su palabra, con su proverbial hidalguía y con las normas de su credo. Le era dado hablar, pues, y hacerse escuchar sin temor a que se le enrostrase nada que fuese en desdoro y mengua de su nombre. Por lo demás, no permitió nunca que la adulación viniese a arrastrarse artera, vergonzante y taimada hasta el pedestal de su posición moral labrado a fureza de merecimientos, y cerró sus oídos cada vez que susurró ante ellos la cantinela de las lisonjas vanas y mentidas.

Nunca fué satélite de mediocridades aspirantes al cuarto de hora de celebridad, y desdeñando la vocinglería hueca de figuras de segundo orden que pugnan por sobresalir a base de promesas engañosas, hacía centellar los rayos de su indignación cuando sabía que se engañaba al pueblo con panaceas ficticias y líricos programas de redención social.

Predicó con su ejemplo la verdad y fué su lema: «Comienza tú el primero por ser bueno...» que luego después se podrán conseguir adeptos para engrosar las filas de los hombres de bien.

Maestro de tres generaciones, realizó una vasta labor docente cuyo resultado positivo y benéfico perdura en las orientaciones saludables que siguieron casi todos sus alumnos. Fué el catedrático de alto vuelo que enseña y que educa, sin necesitar para ello de meticulosidades disciplinarias ni de rigideces autoritarias.

Compañero más que profesor, descendía hasta cada uno de sus discípulos, con sencillez y naturalidad, captando simpatías, despertando confianza y removiendo voluntades. De sus manos se salía con un bagaje científico bien asimilado, pues sus exposiciones eran claras, metódicas y concisas, además de una dosis de consejos prácticos indispensables para abrirse paso dignamente en las primeras contingencias de la vida; en una palabra, el Padre Gambón en su tarea didáctica, no podía conformarse con inculcar solamente los preceptos científicos y fabricar diplomas de bachilleres; pretendía formar hombres útiles y lo logró en alto grado.

Polemista y escritor, blandió su pluma en más de una lid memorable contra el sectarismo antirreligioso. Su *Apología Cristiana* es un arsenal de armas modernas contra el materialismo y positivismo doctrinarios. Defensor acérrimo y campeón en nuestro país de la libertad de enseñanza, ahí queda su alegato *Los problemas de la enseñanza secundaria*, en pro de esta tesis, como ariete que tarde o temprano ha de demoler las murallas del Estado enseñante. Historiador de fuste, su texto *Lecciones de Historia Argentina* sigue siendo después de transcurridas dos décadas desde su aparición, el más completo y más didáctico de cuantos se hayan escrito. Constitucionalista, su libro *Nociones de Instrucción Cívica* innovó orientaciones y abrió cauce a los estudios de antecedentes de nuestra carta magna. Sociólogo, puso en práctica los mandatos del gran Pontífice León XIII consignados en su célebre encíclica *Rerum Novarum*, a la que interpretó en su letra y en su espíritu. Obra suya fueron las dos primeras y por ahora únicas asambleas de la juventud católica argentina realizadas hasta la fecha.

Misionero de gran celo por la salud de las almas, derramó el agua bautismal y sembró la semilla cristiana en la selva argentina, desde Corrientes hasta más allá del Iguazú, en el mismo territorio donde dos siglos antes la Compañía realizó la magna epopeya de las reducciones que Voltaire apreció de esta manera: «La civilización

del Paraguay, debida únicamente a Jesuitas españoles, parece ser en cierto modo el triunfo de la humanidad». Las peripecias de la tarea evangélica que realizó en esas célebres regiones dejolas consignadas en el interesante trabajo *A través de las misiones guaranícas*, que harían bien en leer cuantos desconociendo la verdad histórica formulan a mansalva juicios extraviados e infundados sobre la más grande iniciativa privada de humanitarismo y de progreso que jamás se haya emprendido.

Grande es esta labor que apenas queda esbozada. Pero aún le quedó tiempo al Padre Gambón para advertirnos con su trabajo enjundioso y nutrido de sabias consideraciones y de argumentos indestructibles: «El divorcio» de los males que se ciernen sobre nuestra patria con las repetidas tentativas para implantar al ley de la disolución de la familia y por ende del relajamiento social. Es ésta una obra que debiera divulgarse y ser puesta ante los ojos de los señores legisladores para dar un vistazo más que a las razones sentimentales o filosóficas a los cuadros estadísticos, parcos y veraces cuyos números les dirán de los estragos que el divorcio está produciendo y de las aberraciones a que se llega en las dos naciones divorcistas por excelencia: Francia y Estados Unidos. Aún le quedó tiempo, trabajador incansable, para ser activo director de la Sociedad de Exalumnos y de la Congregación Mariana, instituciones que han desarrollado, cada una en sus respectivas esferas, un programa de acción altamente benéfico en pro de la colectividad, para regir durante diez años la revista ESTUDIOS, la más importante revista católica del país, y durante seis lustros los destinos de la Academia Literaria del Plata que en cierta hora adquirió resonancias de palestra donde se templaron las armas de la elocuencia católica representada por los Achával, Estrada, Goyena y Lamarca.

Señores: Si a través de estas desaliñadas palabras habéis visto pasar una sombra, la sombra simpática del querido e inolvidable Padre Gambón, y habéis vivido en torno suyo un minuto más gozando de su amable, dulce, sana y gratísima compañía, me doy por satisfecho ante vosotros y ante él.

DISCURSO DEL INGENIERO ALEJANDRO BUNGE

Este bronce destinado a recordar eternamente las virtudes de un varón ejemplar, caballeroso y humilde, santo y comprensivo, tendrá en su inscripción, como las campanas que se funden también en

bronce, un sonido propio, inconfundible para los corazones de aquellos que tuvieron la suerte de conocerle.

No será la voz de ese recuerdo amplia y poderosa como la de campana de catedral en día memorable; no ha de asemejarse tampoco a la de los clarines marciales. Ha de traernos este bronce el recuerdo de sonidos lejanos, como los del llamado de las iglesias humildes, preciosamente incrustadas en las aldeas de la montaña; como los de la música de los grandes artistas elevando su alma a Dios desde el rincón de sus hogares. Su recuerdo llegará a nosotros como a nuestros sentidos el perfume de las flores ocultas en la selva, como nos llega el murmullo de arroyo cristalino que corre detrás de la quebrada.

Porque así era él, así eran sus virtudes. Inmensas algunas como catedral gótica y fuertes y sonoras otras como la voz de los clarines; pero replegadas, todas, de tal modo sobre sí mismas que quedaban ocultas a las miradas indiscretas del mundo, en un ejemplo raro de modestia, humildad y renunciamento.

Escritor profundo y brillante. ¿Quién supo jamás por él algo de su pluma? Amigos tuvo, que en largos años jamás supieron del escritor profundo.

¿Cuántos serán los amigos y discípulos que tuvieron noticia de su ilustración, su sensibilidad y su talento musicales? ¿Cuántos los que conocieron sus condiciones de investigador y hombre de ciencia? Hasta su palabra superior, de natural y vibrante elocuencia, surgía siempre amortiguada por la sordina de su modestia y de su sencillez inalterable.

Fué quizás la virtud de la amistad la que menos pudo ocultar, de la amistad sin sombras, perseverante y por encima de todo lo humano. Quien sufría profundamente ante los títulos que significaban sanciones honoríficas, aceptaba complacido el título del «mejor amigo». «Su mejor amigo» solía firmar de corazón; había aceptado el título. Fué para todos sus amigos el mejor de los de cada uno de ellos.

Tanto era el natural y espontáneo renunciamento—recordaré antes de terminar—tan profunda su humildad, que hasta sus propias condiciones sobresalientes de santo y sabio jesuíta quedaban casi ocultas en su trato. Aun cuando es difícil tratar algunos años a un jesuíta sin descubrir sus virtudes de tal, en el Padre Gambón, que tan acendradas las tuvo, llegaban a nosotros con aquel sonido de la campana de distante aldea, o del río lejano, o con aquel perfume de

la flor humilde, tal como nos llegaba la noticia de su ciencia, de su caridad y de cada una de sus virtudes.

Cuando se recuerda al Padre Salvadó se siente uno, ante todo, en presencia de las grandes condiciones del carácter y de la perseverancia. Cuando se recuerda al Padre Jordan, ¿quién puede hacer abstracción de su inviolable elocuencia? Cuando recordemos al Padre Gambón, recordaremos simultáneamente al santo religioso, al sabio, al escritor, al artista, porque replegando tanto y tan humildemente las alas de su espíritu sobre sí mismo, ellas han crecido con tal vigor y ha volado tan alto, que conmovido nuestro espíritu se arrodilla ante su recuerdo para venerarlo como lo venerarán nuestros hijos y las demás generaciones.

Reverendo Padre Rector: en nombre de los amigos del Padre Gambón, hago entrega de este bronce destinado a recordarlo siempre, con afecto, con respeto y con veneración.

DISCURSO DEL REVERENDO PADRE JUAN CASTILLEJO

Todavía no se han cumplido tres años desde aquella memorable fecha que os congregó en este recinto, para agasajar al Padre Gambón; cuando cumplía éste el quincuagésimo aniversario de su entrada en la Compañía de Jesús.

Recuerdo que, pocos momentos antes de empezar aquella fiesta, vino a mí el Padre y me significó que, no hallándose con temple y ánimo para agradecer de viva voz vuestros múltiples obsequios y demostraciones de simpatía para con él, suplicaba que lo hiciera yo en su nombre. De tal modo insistió en esta súplica, que no pude desoirla: y muchos de vosotros recordáis que, desde este mismo estrado y teniendo junto a mí al Padre Gambón, interpreté en breves párrafos los sentimientos de éste para con vosotros: y cuando, al fin, nos abrazamos, pude observar que la emoción había arrasado en lágrimas sus ojos. ¡Eran el testimonio fehaciente de su agradecimiento hacia todos vosotros, sus buenos y leales amigos!

Entonces la habitual modestia selló sus labios y me obligó a que hablara yo en su nombre: hoy, (¡nunca habiéramos pensado que iba a suceder tan pronto!) su voz ha enmudecido para siempre en el mundo y las circunstancias me imponen que responda al ingeniero señor Bunge, en cuyo discurso (como en el del doctor Cullen y en el del señor Tilli) habéis podido apreciar cómo rivalizaban la sinceridad del hondo afecto con la perfecta comprensión de la perso-

nalidad que describían y la galanura de la forma; y que os agradezca, no tanto en nombre del P. Gambón, como en el de la Compañía de Jesús y, muy especialmente, de los PP. y HH. del Colegio del Salvador, este homenaje de filial cariño hacia vuestro profesor, vuestro consejero, vuestro Padre: este artístico recuerdo con que deseáis perpetuar su memoria y en cuyas figuras y relieves tan bien habéis sabido simbolizar y compendiar sus dotes, sus virtudes, su carácter, en fin, la historia toda de su vida.

Amigos y alumnos del P. Gambón: yo os presento, en primer término, tributo de gratitud en nombre de la Compañía de Jesús. El P. Gambón, miembro ya (piadosamente debemos pensarlo) de la Compañía triunfante, vive en las regiones de eterna y bienhadada paz y no le empecen las tormentas que aquí abajo se fraguan y nublan los horizontes y angustian los corazones. Pero nosotros, sus hermanos, que todavía nos fatigamos en el rudo batallar por difundir la mayor gloria de Dios y el bien de las almas; nosotros que, en esta lucha y conforme a la herencia que nuestro Santo Fundador nos legara, no recibimos frecuentemente otra recompensa que dicterios y animosidades e ingratitud, podéis adivinar cuánto agradecemos y cuánto nos consuela y fortifica esta sincera manifestación de simpatía, que hacemos nuestra porque la dedicáis a uno de nuestros hermanos, cuya vida, cuyas normas, cuyos ideales son los nuestros.

Además, este hermoso bronce, al enaltecer y perpetuar la memoria del hijo, honra, también, a la augusta madre que le dió el ser. Habiendo entrado el P. Gambón en la Compañía de Jesús, cuando apenas contaba quince años de edad, ella le adiestró en la escuela de la virtud y en la palestra literaria y científica, imprimiendo en él aquel conjunto de bellas cualidades que tanto os cautivaban: y por ello este homenaje al Jesuíta, es homenaje a la Compañía de Jesús; y yo, en su representación, os ofrezco el más vivo y afectuoso reconocimiento.

Pero especialmente lo hago en nombre de los Paders y Hermanos de este Colegio, que vemos con gozo premiados, en cuanto cabe aquí en la tierra, los méritos de nuestro infatigable compañero de armas: que tendremos en este bronce un perenne monumento que nos recordará a nuestro hermano queridísimo: y, por qué no decirlo? con esos alegóricos sonidos de que nos hablaba el ingeniero señor Bunge, ora dulces como de campana, ora bélicos como de clarín, será poderoso acicate que nos animará en el oscuro y arduo apostolado de la formación de la niñez y de la juventud, no precisamente

con la esperanza de que nuestros nombres sean inmortalizados en bronces (que no creemos merecer tanto) sino de que germinarán en los corazones de nuestros alumnos, juntamente con la siempre viva de la gratitud, flores de sólidas virtudes, que los constituyan en pléyade de varones, de ciudadanos eminentes en ciencia, en laboriosidad, en honradez. No de otra suerte el P. Gambón se regocijará hoy desde el cielo, más que todos los homenajes, con el espectáculo que, ante Dios, los Angeles y los hombres, ofrecéis vosotros, señores, los que fuisteis sus alumnos.

Y en nombre del que es objeto de este homenaje, ¿qué os diré? Cuando, hace tres años, se lo ofrecisteis en vida, no con discursos, sino con lágrimas, como al principio recordé, con lágrimas brotadas de lo más íntimo de su corazón, os mostró sus sentimientos de gratitud. Esta, también, selle ahora mis labios, si he de representarle con fidelidad.

Pero no: otra demostración os dió constantemente (vosotros, señores, lo tendréis bien comprobado) de su gratitud: las obras. Los innumerables favores, grandes y pequeños, espirituales y materiales que a manos llenas repartió, esos son el índice inconfundible y elocuente de su gratitud. Y ese lo será ahora, también, señores. Desde el cielo seguirá ejerciendo para con vosotros su paternal solicitud: por vosotros, sus alumnos, sus congregantes, sus académicos, sus amigos; por vosotros sus hijos de confesión; por vosotros los que tantas veces recurristeis a él en demanda del óbolo del pobre o bien de consejo y de consuelo; por vosotros a quienes bendijo en el santo matrimonio; por vosotros cuyos hijos bautizó. No se evapora en el cielo el santo afecto de la amistad y de la gratitud, sino que se aviva y ennoblece.

Hermanos y amigos del P. Gambón: escuchemos la exhortación que a todos nos dirige con el Apóstol, a saber, que así recorramos el camino de esta vida, que merezcamos llegar a la meta del cielo, donde seamos coronados con inmarcesible corona de inmortalidad, como él, según confiamos en el Señor, habrá sido coronado: y donde, con él, unamos al gozo esencial de la vista de Dios, el occidental y muy codiciado, de vivir para siempre juntos, los que aquí en la tierra lo estuvimos con vínculos de hermandad y santos afectos.
